
PROLOGO

Anticipadamente acepto que la presente obra no carece de defectos bajo el punto de vista literario, y francamente lo doy á conocer al público. No de improviso, ni en pocos años, podía conocer á fondo nuestro idioma, ni ilustrarme con los bellos conceptos de los doctos en materia tan difícil. Por especiales circunstancias, me he visto siempre ocupado en labores de muy distinta naturaleza.

Amigo de la historia, y vivamente impresionado de algunos hechos de que tuve conocimiento por los documentos que vinieron á mi poder, procuré adquirir nociones generales sobre algunas materias que íntimamente ligadas se hallaban con la historia del período á que se referían, practicando, á la vez, aunque brevemente, el dibujo topográfico, para ilustrarla con algunos planos. Por lo que antecede, no extrañará el lector tropezar con defectos, tanto en la parte artística como en la literaria; pero de un libro debe juzgarse, en último resultado, por la utilidad que puede prestar, y es indiscutible que la tiene, por los autógrafos que en su parte más interesante se publican. Tiene, además, otro mérito: el de haber sido escrita con entera libertad y ser la expresión genuina de íntimas convicciones.

Carecemos de juicios críticos sobre la historia militar y política de la guerra de tres años; el conjunto nos ha sido mostrado á gran distancia, sin poder determinar el lugar que en la historia corresponde á cada uno de sus principales caudillos. Como lo expresa el segundo de sus títulos, esta obra

proporciona datos de importancia sobre algunos acontecimientos de tan interesante período.

Mucho alaban la inquebrantable firmeza de Juárez, sus energías y sus grandes virtudes; se ha creído en la justificación de todos sus actos, y se le ha considerado como la primera figura de la revolución; sin embargo, hay una gran distancia entre la verdad y semejantes conjeturas. Gracias á los documentos de que he podido disponer, y á hechos históricos reconocidos, en los capítulos V y VI defino sus responsabilidades, justifico su egoísmo y su debilidad, y determino la convencional justicia de que hizo uso; permitiéndome, para que mejor se comprendan mis ideas, hacer en el presente prólogo un breve juicio crítico sobre los servicios de Juárez y de Degollado que, aunque no corresponde al contenido de la obra, es indispensable para poder estimar algunas de las apreciaciones que en el curso de ella aparecen.

De aquel período, Degollado, es, sin duda alguna, la primera figura; abnegado hasta el extremo, con profunda fe en el triunfo, sin ninguna ambición personal, altamente generoso, con el entusiasmo y temerario valor de la juventud y con la serenidad y madura reflexión de los últimos años del segundo tercio de la vida, organizó y dirigió la más trascendental revolución que en sus anales registra la historia de la República. En los momentos en que todo estaba perdido, cuando Juárez abandonaba el puesto más importante en la lucha, para irse á encerrar á Veracruz, fuente de grandes recursos y que prestaba muchas ventajas para defenderse del enemigo; sin ninguna ostentación, sin medir las insuperables dificultades que aparecían, los peligros de hundirse para siempre en el desprestigio, de morir quizá al siguiente día, aceptó de Juárez la inmensa responsabilidad de hacerse cargo de la revolución, como general en jefe de un ejército que apenas llegaba á algunos centenares de hombres.

Desde este momento aparece de mayores proporciones la figura de Degollado, el alma de la revolución, que la de Juárez; la actividad, el patriotismo, los grandes esfuerzos, los sacrificios y los peligros, fueron cien veces mayores en el extenso territorio de la República, á donde se desarrollaron

los sangrientos acontecimientos de la guerra, que en Veracruz; y el triunfo no fué debido á la política, ni á las gestiones diplomáticas, sino esencialmente á los jefes militares que con una abnegación que traspasa los límites naturales, sostuvieron á Juárez y á su causa.

La gloria debe concederse en razón directa de la intensidad de las energías, en sus manifestaciones virtuosas y desinteresadas y que en igualdad de circunstancias se desarrollen. La actitud de Juárez en lo que toca al fomento y dirección de la guerra, su tranquila permanencia en Veracruz, á salvo de los grandes peligros de la lucha y de la miseria, la falta de angustiosos extremos y de heroicas manifestaciones de su patriotismo, hacen un notable contraste con la no interrumpida actividad de Degollado, con la infinidad de peligros á que estuvo expuesto, con sus virtuosos sacrificios, con la miseria que lo rodeaba y con su heroica abnegación.

Juárez no tomó á su cargo la dirección de la campaña y relativamente pocos fueron los recursos que al ejército proporcionó; ejército que carecía de armamento, de vestuario, y, al principio, de jefes aptos que lo condujeran al triunfo, ¿Quiénes fueron los que lo hicieron vivir, renovando siempre sus mixtos elementos? En primer término, Degollado, Huerta y Ogazón, sus tres proveedores ambulantes, que en medio de grandes sufrimientos y sacrificios, lo sostuvieron siempre. La decantada heroicidad de Veracruz se pierde de vista ante la verdadera heroicidad de algunos Estados del Interior y de los esforzados caudillos que de ellos supieron sacar el contingente de sangre y de patriotismo que fué necesario para el triunfo.

Juárez, por su carácter en el orden político, ocupó el primer puesto; no cumplió con todos sus deberes al frente del elemento civil, y, como su representante, cometió dos grandes errores: el tratado Mac-Lane-Ocampo y la intervención de los buques de guerra de los Estados Unidos en nuestras cuestiones domésticas, ultrajando así á la soberanía nacional. Sus grandes energías y su inquebrantable firmeza, en la mayoría de sus manifestaciones, fué resultado de las energías y de la firmeza de los caudillos que lo sostenían. Hay que fijar y determinar como es debido las causas y los

resultados, que hasta la fecha se han confundido lamentablemente.

El poder de la revolución, su fuerza de resistencia, nunca residió en Juárez; su papel fué secundario, no fué ni el de Hidalgo, ni el de Morelos en la Independencia, ni el de Comonfort en Ayutla, ni el de Porfirio Díaz en Tuxtepec; obró en una esfera de acción reducida; formó parte integrante de aquel poderoso organismo y supo conservarse fiel y su puesto conservar.

¿Cuál fué su labor, cuál su patriotismo, cuáles sus sacrificios fueron? Conservar su puesto y respetar la obra de los que dirigieron, organizaron y sostuvieron á la revolución: esto es meritorio, digno del aplauso general, sí, pero este mismo mérito lo tuvieron los demás caudillos, con la misma diferencia que hay entre el que construye y el que conserva; entre el que lucha y obtiene frutos y aquel que sabe apreciar y respetar los frutos de la lucha; este fué su mérito principal, pero fué un mérito que no le costó ningún sacrificio. ¿Qué podía ambicionar si ocupaba el puesto supremo? ¿Qué valor moral puede concedérselo cuando por completo se hallaba despojado de todo poder?, cuando la conservación de su puesto y sus títulos se hallaron siempre en las manos de los principales caudillos que lo sostenían, y que en infinidad de casos pudieron haberlos roto y haberlos arrojado al canasto de los papeles viejos? No sostuvo ni dirigió; fué sostenido y dirigido por la lealtad y el patriotismo.

¿Qué sacrificios le debe la revolución?, ¿á qué peligros estuvo expuesto? Sólo en Guadalajara, cuando Guillermo Prieto le salvó la vida, y en Santa Anna Acatlán, pero bien alimentado y cubriendo todas sus necesidades, tranquilamente vivió los tres años de la guerra en Veracruz; el primer sitio no fué de ninguna importancia, y en el segundo se puso á salvo en San Juan de Ulúa. El hecho más trascendental en el orden político, la publicación de las leyes de Reforma, no fué un hecho aislado, no fué una conquista de Juárez como fué de Cortés la conquista de México, fué una conquista esencialmente de la revolución, y para conceder la gloria debemos estudiar su organismo, buscar en dónde residía su poder, tanto en el orden militar como en el polí-

tico. En un Gobierno fuerte, cualquiera que sea su forma, pero que logra imponer su voluntad, ordenando y disponiéndolo todo, el que lo represente es el único responsable de sus actos, el único que puede merecer la gloria ó las censuras; pero este no era el caso de Juárez. Se le ha juzgado, en lo que se refiere á la guerra, como si se hubiera hallado en situación semejante á la de su gobierno de 67 á 72, en que sofocó los motines y destruyó á los revolucionarios, disponiendo de los recursos del Erario para sostener al Ejército, y proporcionando á los jefes militares todo lo necesario para combatir; cuando era una autoridad reconocida en todo el país y podía exigir el cumplimiento aislado y colectivo de los deberes del ciudadano, desde el momento que el de los suyos podía llenar. Juárez fué el jefe de un partido, pero no el jefe que lucha y combate, que organiza y dirige, que sabe conmovir y servirse de las multitudes y sacrificar, por el triunfo de su causa, su bienestar y su vida; fué sostenido en el puesto que ocupó y fué el representante vivo de una idea y de una convencional legalidad. Brillaba como los planetas, alumbrado por la luz de la revolución; fué el foco luminoso de una lente que se produce por los rayos de la luz que la atraviesan.

Erróneamente, Juárez ha sido considerado hasta hoy como la incógnita de una ecuación cuyo valor lo determinan los demás miembros de la misma. El problema histórico ha sido resuelto matemáticamente, y al despejar la incógnita ha resultado Juárez igual á la reforma, pero las matemáticas son una ciencia exacta y la histórica apenas alcanza resultados aproximados. El procedimiento tenemos que condenarlo, la conclusión es falsa.

Lo que más le preocupaba á Juárez era la forma, forma incompatible con la revolución: el reposo, la estabilidad, la conservación sin peligros en su puesto, sólo podía obtenerla como la obtuvo, alejándose de la lucha, depositando en otros el poder efectivo encargado de alcanzar por la fuerza, lo que por la fuerza habían perdido, de crear los elementos, de desarrollar el patriotismo, de propagar las doctrinas y de conservar la fuerza moral de la revolución. No critico á Juárez; procedió así, apoyándose en la supuesta legalidad de sus tí-

tulos; sólo trato de definir la importancia de sus servicios, determinando su puesto y el de Degollado. Júzguese del primero en los dos únicos hechos de importancia de la guerra en que tomó parte activa: en el primer sitio de Veracruz, sacrificando al grueso del ejército federal, evitándole un descalabro á Miramón y provocando el desastre del 11 de Abril; en el segundo, buscando el auxilio del extranjero, ultrajando así á la soberanía nacional, y oponiéndose á que se organizara el ejército en general y en particular la guarnición de Veracruz; júzguese de su inquebrantable firmeza, sacrificándolo todo por su conservación y su bienestar, de su sospechosa inacción después de dos años de hallarse en aquel puerto; y júzguese de Degollado, organizando y dirigiendo la revolución, con inmensas responsabilidades encima y perdiendo la firmeza hasta los últimos momentos, en que próximo estaba ya el triunfo y sin perjudicar á nadie.

Dos grandes grupos de elementos se distinguen: el político y el militar; el primero ya tenía algunos años de existencia y su misión era la de conservar las conquistas iniciadas en Ayutla y que durante el gobierno de Comonfort se obtuvieron; las nuevamente alcanzadas con las leyes de Reforma fueron consecuencia de otros hechos; al principio no se pensó en ellas. La importancia del segundo elemento, del militar, puede medirse con la sola consideración de que sin él, era imposible que el primero funcionara: Juárez en Colima encargó á Degollado de su creación, por carecer de aptitudes ó por causas que nos son desconocidas; abandonó el puesto más importante; no quiso ó no fué capaz de sostenerse, optando mejor por ser sostenido; desde entonces fué á Veracruz á presidir el primer grupo, y desde entonces queda definida la importancia de sus servicios.

Las consecuencias de la crisis económica que podía haber acabado con la guerra, y á que se refiere Degollado en su circular de 20 de Mayo de 1859; la necesidad que había de buscar mayor apoyo para la revolución, por medio del interés y en esa clase de la sociedad que sin principios políticos sólo busca la manera de especular y subsistir, la imperiosa necesidad que había también de contrarrestar de algún modo la decidida protección que el clero prestaba á los conservado-

res, auxiliándolos por cuantos medios estaban á su alcance y por otras causas, necesario fué expedir las leyes de Reforma, los acontecimientos así lo exigían. Estas causas pudieron apreciarse después de un año de sangrienta lucha, y ¿quién si no Degollado, que organizó la resistencia, conservando vivo el espíritu de la revolución, fué la causa de que aquéllas causas aparecieran? Ahora bien, Juárez, al expedirlas, estuvo á la altura de las necesidades de la revolución, cumpliendo con su deber, y es digno de la gratitud nacional; pero en este hecho hay que admirarlo imparcialmente, como es debido, no como hasta hoy lo han juzgado los apasionados admiradores de su memoria. Hay deberes que para cumplirse, exigen grandes sacrificios, grandes esfuerzos, mucha entereza y muchas energías, todo esto se ha creído encontrar en Juárez al publicar dichas leyes, y no es más que una infundada suposición; sólo se encuentra la percepción del estadista y una moderada dosis de valor civil. Nunca podremos colocarlo á la altura de Hidalgo, al proclamar la independencia; ni concederle el valor de Comonfort, desafiando, con el plan de Ayutla, las iras de Santa-Anna; ni la serenidad de Degollado, despreciando siempre la vida. En Veracruz no corría riesgo alguno, y sólo podríamos concederle el gran valor que tanto le han ensalzado, si al publicarlas lo hubiera hecho como Degollado y los demás caudillos, empuñando la bandera del revolucionario, rodeado de enemigos, acosado por la miseria, y sin cesar expuesto á perder la vida. Era hombre de bufete, enemigo del movimiento, de las molestias y de las penas de la lucha, y ya hemos anotado sus debilidades cuando cerca se veía del peligro. En Veracruz, aunque terribles fueran las consecuencias, podía alejarse del peligro si lo había y lo deseaba por lo cerca que se hallaba del mar; no sostengo que así lo hubiera hecho, pero sí juzgo, para mediar su valor, de la situación en que se hallaba. Miguel Lerdo y Ocampo fueron los autores de dichas leyes, las creó la necesidad, y sin ningún esfuerzo y sin ningún peligro personal, Juárez les dió la vida. No hay que abultar los hechos ni darles proporciones gigantescas que no tienen, esto sólo es propio de los cerebros debilitados por la fiebre.

Degollado, por su constante y penosa labor, por sus heroicos sacrificios y por haber sido el creador moral y material del poderoso elemento que hizo triunfar á la revolución, es el primero en la historia de tan fecundo periodo.

* * *

Con el elevado carácter de Ministro de la Guerra y General en Jefe del Ejército liberal, en el Sur de Guadalajara organizó los restos dispersos de las tropas tan torpemente conducidas por Parrodi y Doblado, y en pocos meses presentó un regular conjunto que oponer á los reaccionarios. Los grandes errores que estos últimos cometieron, ya por no haber sabido aprovechar su marcha triunfal hasta Guadalajara, ya por el irreflexivo arrojó de Miramón y sus precipitadas resoluciones, al fin del primer año de la campaña las consecuencias no fueron tan mortales, como podían haber sido, para la causa progresista.

El más importante triunfo de este último, material y políticamente fué favorable para los liberales, pues el único elemento de discordia que en su seno podía haber aparecido, Miramón lo destruyó en Ahualulco. Vidaurri, al frente del Ejército llamado del Norte, que en su organización era más fuerte que el que Degollado había logrado formar, con buen éxito en esta batalla se hubiera hecho dueño de la situación, desconociendo á Juárez y declarándose la única autoridad; sus miras ambiciosas, sus ridículas tendencias á la dictadura que antes y después dió á conocer, nos conducen á estas fundadas apreciaciones, así, Miramón, creyendo haber destruido á un enemigo que formaba parte integrante de los que combatían sus ideas, destruyó á un enemigo común. Las acciones del Puerto de Carretas y Atentique fueron inútiles, choques buscados precipitadamente por Miramón, en los que se ve la falta absoluta de combinaciones estratégicas, de conocimiento del terreno, de la indispensable preparación para obtener mayores probabilidades de triunfo, y en una palabra, el conjunto de altos deberes que debe llenar un General en Jefe que en sus manos tiene la vida y las energías de un

ejército. Sin embargo, hay que reconocer su gran actividad, su audacia, su valor temerario y sus aptitudes tácticas; á fines de 58 en San Joaquín logró acabar con el ejército de Degollado.

En este primer año contaron con muchas ventajas los conservadores: se sirvieron de la mayoría del Ejército permanente, de sus armas, de todos los recursos de la Capital de la República, de su ciudadela y de los elementos de su aliado el clero. No así Degollado ni Ogazón en el Sur de Jalisco, Huerta en Morelia y Vidaurri y Zuazúa en Nuevo León y San Luis, que vivieron sólo de las exacciones forzosas, que en momentos críticos carecían de municiones, y que muchas veces les era imposible contener la desertión por falta de lo más indispensable para alimentar al soldado. Después de tantas privaciones, de una diaria labor que sólo podía ser sostenida por las poderosas energías del patriotismo, después de la derrota de San Joaquín y de palpar las consecuencias de una debilidad física manifiesta, conservaron la fe en sus corazones, especialmente Degollado, Huerta y Ogazón, que por la adversidad se vieron sacudidos como el pequeño arbusto por la tormenta, que muchas veces hasta el suelo lo doblega, y que otras tantas logra levantarse y sereno espera la luz del nuevo día.

Degollado, con su ejército sitió á Guadalajara, y en Octubre logró apoderarse de ella; pero sin elementos de guerra y sin elementos de vida, al acercarse Miramón tuvo que abandonarla, ejecutando una penosa retirada hasta Colima, que fué la preparación de su derrota en San Joaquín. Después de este desastre, después de haber sido tácticamente destruído, se dirige á Michoacán en los momentos en que en la Capital tenían lugar los acontecimientos promovidos por el plan de Navidad; las cartas que dirigió á su representante en México, bastan, por sí solas, para conocer el estado de su ánimo. No luchaba por un halagüeño porvenir personal, modestamente consideraba insignificante su personalidad, deseaba el triunfo de la mayoría de la nación, no el de sus propios principios, y se mostraba altamente satisfecho por verse animado de las mismas ideas que el Presidente Juárez; lo más admirable en ellas es su profunda fe y sus deseos para continuar

desempeñando los deberes que en su alto puesto debería llenar.

Gran parte de la heroica lucha que sostuvo, en la presente obra la doy á conocer; del archivo particular del General José Justo Alvarez, su consejero militar, he tomado los autógrafos que hoy publico y que vienen á aclarar muchos importantes hechos. En su mayoría pertenecen al período de la guerra de tres años, y algunos sobre la campaña de Puebla en 1856.

Miramón, indignado por la conducta de Echegaray, que desconoció al gobierno de Zuloaga, suponiendo que si el primero no había tomado Veracruz era por falta de pericia, y tal vez por secretos convenios con el enemigo; que sus triunfos en el interior habían desorganizado por completo á las fuerzas liberales, que por algún tiempo no podrían tomar la iniciativa, y por último, alucinado por la gloria de un completo triunfo, se resolvió ir en persona á sitiar dicho puerto.

No bien se tuvieron las primeras noticias, cuando Juárez, no conforme con defender á Veracruz solamente con las obras de defensa que se habían hecho, dictó sus órdenes á Degollado para que marchara sobre la capital, llamando la atención del primer caudillo de los conservadores. Degollado, entre tanto, se ocupaba de organizar fuerzas, de preparar nuevos elementos para continuar la lucha; al recibir dichas órdenes, carecía de lo más indispensable para poderlas cumplir: por toda perspectiva se le presentaba el desprestigio, la derrota y sus consecuencias, y las grandes responsabilidades de un mal éxito; mas, como siempre abnegado, se resolvió á obedecer y cumplir el mandato de Juárez. La historia de aquel movimiento estratégico, queda, en lo que cabe, muy completa en el Capítulo V, aclarando varios hechos hasta hoy ignorados que han provocado muchos reproches en contra de Degollado y aún del General Alvarez, que fué el encargado de conducir el ejército á la capital. En él se ven las órdenes que el primero dictó para concentrar las fuerzas en el Valle, los resultados de la batalla de Calamanda, que torpemente ha sido juzgada, el por qué de la inacción de las fuerzas liberales durante los días que estuvieron frente á México, y del reconocimiento ofensivo del 2 de Abril; que

permanecieron después en sus posiciones de Chapultepec y Tacubaya, exponiéndose á una derrota, por nuevas órdenes de Juárez, hijas de su egoísmo y de su debilidad, se definen las grandes responsabilidades que por ellas contrajo, se ve la patriótica lucha que sostuvo Degollado, por la completa escasez de recursos, por la falta de otras fuerzas que debieron auxiliarlo, por la especial organización de aquel ejército, y por la desconsoladora resolución de Zaragoza que deseaba retirarse la víspera de la batalla del 11 de Abril; y, en fin, que no sólo no merece los infundados reproches que se le han hecho, sino que, supo cumplir, en unión del General Alvarez, con sus deberes como patriota y como caudillo.

La magnitud del desastre del día 11, del que sólo se salvaron el ejército del Norte y algunas de las fuerzas del interior, obligó á Degollado, para darle mayor impulso á la revolución á dirigirse á Veracruz, á mostrarle á Juárez, con la claridad y precisión que puede hacerlo un testigo y actor, la altura que alcanzaban los acontecimientos y las causas de los muchos desastres que había sufrido. Fué en busca de elementos para combatir á un enemigo, fuerte por su dinero, por la propaganda del clero en los pulpitos y en los confesionarios, por su sistema de terror y por el móvil del propio interés y de la conveniencia individual. No era una resolución extrema por que desesperara del triunfo, alcanzando ó no lo que pretendía, estaba resuelto á continuar sosteniendo la causa progresista.

Miramón, temeroso de la suerte que podía correr la Capital por el movimiento de Degollado, después de algunas tentativas de poca importancia, abandonó la empresa, explicando su retirada por la falta de pólvora y recursos; pero este pretexto es inaceptable, los segundos podía haberlos obtenido como poco después en Orizaba, y no es de creerse que careciera de la primera, porque habría sido una torpeza semejante á la de aquel que se lanzara al Océano á hacer una larga travesía, sin llevar consigo los víveres necesarios; al quedar Veracruz libre del sitio, los principales miembros del partido liberal y el Presidente Juárez, pudieron ocuparse de la publicación de las leyes de Reforma.

A principios de Junio llegaron á este puerto, en los mo-

mentos en que acaloradamente se discutían dichas leyes, Degollado y los Generales Alvarez y Juan José de la Garza, con profunda fe y sin vacilaciones, apoyaron la idea de lo oportuno que era el darlas á conocer; el primero, á consecuencia de los temores que algunos abrigaban, solicitó del Presidente autorización para publicarlas asumiendo toda responsabilidad.

Al siguiente mes, y sólo habiendo obtenido de lo que fué á gestionar, muy poco, se dirigió á Tampico para internarse de nuevo en el interior y continuar la campaña. La historia del período comprendido desde Agosto, en que estableció su cuartel general en San Luis, hasta la derrota de la Estancia de las Vacas, se contiene en el Capítulo VI; los importantes hechos que se desarrollaron hasta hoy son desconocidos: en él aparecen las gestiones que hizo en Tamaulipas, San Luis y Aguascalientes, para organizar fuerzas; las cariñosas manifestaciones de que fué objeto en Ciudad Victoria, las dificultades que promovieron Vidaurri y algunos otros jefes, la escasez de recursos, sus trabajos en aquella campaña y su empeño para llevar á cabo el plan estratégico formado por el General Alvarez. Los brillantes resultados que obtuvo hábilmente secundado por este último, Blanco y Doblado, las manifestaciones de su patriotismo y sincera modestia, las esperanzas que con fundamento abrigaba de ver muy cerca el fin de la guerra, la causa por que esta se prolongó un año más, el fatal desenlace de los acontecimientos, la pérdida del cerebro del ejército, y por último, el destino salvando á su existencia de los mortíferos disparos de las armas de una multitud enfurecida.

En aquellos meses aparece la campaña hábilmente dirigida y hasta donde lo permitían los grandes defectos de que adolecía el ejército. El triunfo más importante y trascendental de Miramón fué el de la Estancia de las Vacas, prolongó la existencia de su efímero gobierno, levantó el decaído espíritu de su partido, y tácticamente acabó con la mayor parte de la fuerza de resistencia de sus enemigos, apoderándose de su armamento. Degollado carecía de conocimientos militares, jamás lo protegió la suerte, y comprometía el buen éxito con su generosidad. Es el responsable de aquella trascendental

derrota y en menor escala, Blanco, Doblado y Tapia, todos, excepto el último, militares improvisados. La historia no puede juzgarlos con la severidad de un tribunal militar, porque los voluntarios defensores del progreso substituyen la disciplina con el patriotismo y los conocimientos con la buena voluntad; solos en la lucha, no recibían elementos de vida del gobierno que apoyaban, abnegados sufrían las privaciones, y con constancia buscaban el triunfo. No puede considerárseles sujetos á las severas prescripciones de la ordenanza, ni á los deberes de un General para con su soberano, cuando forma parte de un ejército sostenido y alimentado por la Nación. Los defensores de la libertad, si son voluntarios, generalmente obtienen el triunfo por la opinión, por la experiencia, por la ayuda de algún militar entendido ó porque de improviso entre ellos aparece algún genio. Ni á Degollado ni á los demás que cito, puede censurarles la historia sus torpezas en la guerra, ni su falta de conocimientos militares, basta sólo su patriotismo para que sean acreedores á la gratitud nacional.

Al siguiente mes, Diciembre, las fuerzas de Ogazón fueron destruidas en la Albarada por el joven Presidente, triunfo que se debió á la infame traición de Rocha. El segundo año, como el primero, terminaba para los liberales bajo muy malos auspicios, destruido su ejército, sus armas perdidas y sin recursos, sólo les quedaba su fe, la poderosa fuerza moral que al fin debería de conquistar el triunfo.

En el segundo sitio de Veracruz las operaciones de Miramón frente á la plaza, fueron muy torpes, procedió de una manera infame, y aquel fracaso fué el anuncio de la declinación de su gloria y de su buena fortuna. Juárez, como queda dicho, ultrajó la soberanía nacional, y no es disculpable: de permitir el que esto sucediera, á aceptar y sufrir las consecuencias de una lucha que no era desesperada por las obras de defensa que se habían hecho, por el clima mortífero, y por no ser muy temibles los dos buquecitos de Miramón; debería haber optado por lo segundo, sus deberes así lo exigían. Si hubiera sucumbido era con gloria, y aunque la lucha se hubiera prolongado por mucho tiempo, su conducta estaba plenamente justificada. Analizando imparcialmente los hechos,

se eclipsa mucha de la inquebrantable firmeza que tanto le alaban en aquel período. En el Capítulo VII se definen sus responsabilidades en este segundo sitio.

En el tercero y último año de la guerra, la historia reconoce en Ogazón su más poderoso apoyo: con la actividad, resignación y constancia propias de Degollado, y con el auxilio de Huerta, Zaragoza y Rojas, después de una penosa campaña de varios meses en el Estado de Jalisco, preparó los elementos con que se obtuvo el triunfo.

El General González Ortega, el héroe afortunado de la Reforma, hasta los últimos meses figuró en primer término, cuando todo le era favorable, cuando la anarquía había dividido y debilitado á los Conservadores, cuando ya carecían de recursos y la suerte les era adversa; después del triunfo de Uraga en San Luis y de su imperdonable torpeza al atacar prematuramente á Guadalajara, cuando Miramón ya vacilaba y temía la ruina total de su causa, y los liberales, en fin, alcanzaban el máximo de su fuerza de resistencia, sólo el ejército de Ogazón llegaba á diez mil hombres y cuarenta piezas.

Miramón, desde Sayula, tenía en jaque á este último, que ocupaba Zapotlán, pero lo ventajoso de la posición le hizo temer un fracaso y ordenó al Gral. Silverio Ramírez, que se hallaba en Durango, viniera á incorporársele. Esto promueve el importante triunfo de Peñuelas alcanzado por González Ortega, y que fué de mucha trascendencia: evitó el que Ogazón sufriera un ataque, se puso en contacto con el grueso de las fuerzas liberales y destruyó el único apoyo de Miramón.

Ogazón, Plácido Vega y Zaragoza, continuaron en Zapotlán, conviniendo á fines de Julio, el que los dos primeros siguieran amagando á Guadalajara, y el último con el ejército del centro se reuniera á González Ortega para operar sobre Miramón; gracias á la peligrosa y rápida marcha que hizo Zaragoza cerca de Guadalajara, con oportunidad reforzó á González Ortega, contribuyendo en gran parte al triunfo. Afortunado Ortega, la víspera de la batalla, y como consecuencia de determinadas órdenes que no fueron cumplidas, en una situación peligrosa y contraria á los preceptos de la ciencia de la guerra, esperó al enemigo; esta casualidad lo

favorece y obtiene el importante triunfo de Silao que destruyó el prestigio que había alcanzado el valiente caudillo de los conservadores.

Degollado, de Veracruz, á donde fué después de la derrota de la Estancia de las Vacas, regresó al interior con el mismo carácter, aunque ya sin tomar parte activa en la dirección de la campaña, y González Ortega avanzó hasta Querétaro para amagar la capital de la República. La falta de recursos y el estar ocupada Guadalajara por fuerzas reaccionarias, vino á hacer cambiar la marcha de los acontecimientos, dirigiéndose el ejército liberal hacia esta plaza para hostilizarla y no dejar á ningún enemigo de importancia en el interior.

El hecho más notable, el más desinteresado servicio de Degollado, lo que vino á determinar, calificándolo, su ser moral y á mostrar sus virtudes cívicas, es el inmenso sacrificio que hizo momentos antes de ser indignamente tratado por Juárez. Por aquellos días quedó bajo la custodia de las fuerzas liberales una conducta de \$1,027,414, perteneciente á varios comerciantes; Doblado, en vista de la escasez de recursos mandó ocuparla dando cuenta á Degollado: era un atropello, una falta castigada por las leyes más elementales de la civilización, y que traía consigo una inmensa responsabilidad, responsabilidad que quisieron compartirla el mismo Doblado y González Ortega; pero Degollado, siempre grande y desinteresado siempre, al aprobarlo por poderosas razones, asumió toda la responsabilidad.

Con aquellos recursos se violentaron las operaciones en Guadalajara, y ya que los trabajos del sitio estaban muy adelantados, por enfermedad de Ortega, tomó el mando Zaragoza, quien ordenó y dirigió el asalto. Por lo tanto, aquel sitio tuvo dos héroes, Ortega y Zaragoza, es injusto, como se ha hecho hasta hoy, concederle la gloria sólo al primero.

Por causas que someramente analizo en el Capítulo VII, Degollado formó un plan de pacificación en el que mezclaba á los Ministros extranjeros, siendo de advertir que al enviárselo á González Ortega, le manifestó que, obrando así, creía cumplir con su deber, pero que en el caso de que aquél no se aceptara, estaba dispuesto á dejar el mando; no pretendió imponer sus ideas, ni de apoyarlas con su autoridad; libre-

mente obraba y libremente dejaba obrar. Juárez, sin embargo, lo destituyó del mando y abusando de su autoridad y de las virtudes de aquel hombre superior, lo trató indignamente y en circunstancias de tal naturaleza, que mucho resalta su convencional justicia y aparece altamente ridículo su proceder. En este hecho, como lo hago en el Capítulo citado, merece severas censuras.

Su alma no era susceptible de engrandecerse por la nobleza, no era capaz de dilatarse con la heroicidad, como su rostro siempre era la misma; esa armonía entre el corazón y el cerebro, que en algunos grandes hombres hechos grandes produce, hechos que por la posteridad se admiran, porque en medio de su grandeza son humanos, tampoco en Juárez se encuentra. En el desempeño de sus altos deberes tenía la misma indiferencia y frialdad que el verdugo al sacrificar á sus víctimas, como los malos actores, siempre era el mismo en todas las situaciones y en todos los papeles; carecía de la animación y de la vida de aquel que sabe sentir y se extremecce al presenciar las artísticas manifestaciones de la humanidad en el orden físico y en el moral. De aquí proviene su injusto proceder con Degollado, fué incapaz de saber apreciar sus méritos, sus grandes virtudes, fué incapaz de un acto de suprema justicia como el de González Ortega en su entrada á la Capital, que lo victoreó cediéndole desinteresadamente los laureles del triunfo, que con su espada había conquistado; no supo hacerle justicia ni aun después de muerto. Su entrañable cariño á la Presidencia pudo haber sido también una de las causas de aquel irregular procedimiento, en Degollado vió un futuro enemigo en los comicios electorales, un poderoso adversario que en la primera oportunidad era necesario herir, matarlo moralmente. Después de haber sido sacrificado por sus enemigos, y tal vez por justificar su anterior conducta, no tuvo tampoco la nobleza de rehabilitarlo; sus restos desde entonces descansan en panteón extranjero, bajo un humilde sepulcro, (1) la gratitud nacional no le ha concedido ni una sola flor ni un solo recuerdo, lo que demuestra lo atrasado que en materias históricas se halla el país.

1. En el Cementerio Inglés, ubicado en la Capital cerca de la antigua garita de la Tlaxpana.

Las trascendentales conquistas de la Reforma, las huellas profundas que aquella revolución dejó en el organismo social, destruyendo y renovando, impresionan como todas las innovaciones del progreso que sobre la humanidad proyectan la luz de la ciencia: juzgada en su conjunto moral, en el espíritu que le dió vida, fué admirable: psicológicamente por las virtudes de sus caudillos, patrióticamente, porque fué una lucha sin elementos, desinteresada y sólo por el bien de la mayoría: Degollado, González Ortega, Ogazón, Alvarez, Huerta, Zaragoza, Leandro Valle, Blanco y algunos otros, en todos sus hechos durante aquella guerra, aparece lo espontáneo, lo desinteresado, la constancia para sostener los principios de una causa, sin pensar nunca en su individual mejoramiento. Sus hechos tienen la claridad de una operación aritmética: un conjunto de virtudes multiplicado sin cesar por el patriotismo y la constancia, tuvieron como producto el triunfo. Con la misma abnegación que la madre de la caridad vela al moribundo, así, despreciando los peligros, sacrificando los halagos del lejano hogar y las mundanales caricias de la vida, pusieron al servicio de sus semejantes todas sus energías; siempre rodeados de la miseria y presenciando siempre los horrores de la muerte. Despertaron á la vida activa del revolucionario, como el soldado en su campamento, al escuchar las marciales notas de los clarines de Ayutla, que en las lejanas montañas del Sur tocaron la diana de la libertad... Animados por las mismas desinteresadas intenciones y por las mismas virtudes, bien pronto se vieron estrechamente unidos y grandes fueron sus hechos, trascendentales sus conquistas, y heróicos sus esfuerzos. En nuestra historia brillan como los fragmentos del metal que á la piedra se encuentran adheridos, aisladamente, semicubiertos, perdidos entre las obscuridades de lo que ha sido poco analizado; para encontrarlos hay necesidad de escudriñar, de buscar, de procurar que la luz de la verdad nos los descubra. Este trabajo, muy lento y laborioso, vendrá á reunirlos, á separar de un conjunto heterogéneo el producto de mayor valor, el metal de mejor ley.

Por un curioso fenómeno de óptica, se ha distinguido en la historia un punto muy luminoso, y sin buscar la causa, se ha analizado el efecto, creyendo que es productor lo que sólo fué producido; me refiero á Juárez, á ese foco luminoso que todos admiran y que de luz propia careció.

A Juárez puede considerársele como el verbo reflexivo ó reflejo de la revolución; la mayoría de sus hechos fueron interesados, recayendo su acción sobre su personalidad. Para conservarla, conservando así su puesto, renunció á la peligrosa vida del revolucionario, sacrificó al grueso de las fuerzas liberales, promovió el desastre del 11 de Abril, se negó á organizar la guarnición de Veracruz, y en general, todo el ejército; firmó un contrato altamente oneroso para México, ultrajó la soberanía nacional, é indignamente trató á Degollado, á un hombre que fué superior al medio en que vivió.

Es torpe, injusto, anticientífico y antipatriótico, concederle á Juárez un lugar en la historia de aquella guerra que por muchas razones no le corresponde; mostrándole al pueblo como primera figura al que en la historia tiene grandes responsabilidades, al que más luchó por su engrandecimiento personal, que por la causa de que fué representante, y al que, en fin, moralmente pequeño aparece.

No á los fanáticos que adoran á los ídolos, sino á los amantes de la verdad toca despertar el espíritu público, gestionando á la vez que los venerables restos de Degollado sean colocados en un lugar de honor en el Panteón Nacional. En este período resulta más inmaculado Degollado que Juárez.

Volviendo á la guerra en el Capítulo VIII, se encuentran todos los interesantes documentos que comprueban que la batalla de Calpulalpam, triunfo definitivo de las armas liberales, fué estratégica, y que sujeta estuvo al plan formado por el General Alvarez, y fielmente seguido por González Ortega.

* * *

El primero de los títulos de la presente obra, se refiere al conjunto y sintetiza todo su contenido; la historia del General Alvarez, del inmaculado por su honradez, del inmaculado

como soldado, y por sus ideas, inmaculado también, se ignora por completo.

Consecuente con su modestia y amigo de la historia, durante su vida no hizo ninguna ostentación de sus servicios, conservando para la posteridad todos los documentos que hoy publico, la mayoría de interés general para la historia y el resto relativos á su historia personal.

Durante sesenta años de un servicio no interrumpido, en períodos de grandes convulsiones políticas, y del reinado de la anarquía, como soldado fiel cumplió con sus deberes, renunciando á la rápida carrera del revolucionario, condenando siempre los motines y acatando sólo las órdenes del gobierno legalmente constituido y aceptado por la mayoría de la Nación. Dominando los naturales impulsos de sus progresistas ideas, y sumiso á sus deberes, sirvió al tiránico gobierno de Santa-Anna, combatiendo por él durante la revolución de Ayutla; poco antes del triunfo de esta última, en unión de Lafragua gestionó y obtuvo el que los jefes de la guarnición de México no se pronunciaran, cumpliendo así con su deber; cuando el golpe de Estado de Comonfort, de quien había recibido distinguidas consideraciones, pidió su baja, pues aceptar no podía aquella defección; y al volver el primero sobre sus pasos reconociendo y apoyando el orden constitucional, le ofreció sus servicios y como jefe de Ingenieros construyó en la Capital los parapetos que sirvieron para contener á los audaces caudillos conservadores. Durante la guerra de intervención, agotó sus escasos bienes, mucho sufrió física y moralmente, se vió reducido á la miseria, y fué víctima de la convencional justicia de Juárez; sin embargo, no defecionó, llenando sus deberes como ciudadano de la República. En ningún pronunciamiento, en ningún acto rebelde, se registra su nombre; fué leal, fué el tipo del soldado que aceptar puede la civilización.

Desde los primeros años de su carrera sirvió en el Cuerpo Especial de Estado Mayor, procurándose personalmente conocimientos en todos los ramos de la ciencia militar, pero con especialidad sobre estratégica; por rigurosa escala obtuvo todos los grados y desde joven en penosas campañas se habituó á sufrir las penalidades del soldado; tenía extensos

conocimientos sobre la geografía del país y afecto á los estudios militares, en sus repetidas expediciones recogió datos geográficos y estadísticos, anotando los puntos estratégicos y las posiciones ventajosas bajo el doble aspecto ofensivo y defensivo. Trabajaba con el cariñoso empeño de los que aman la ciencia.

Sereno en la lucha y con valor reposado, cuando el deber lo exigía con entereza desafiaba los peligros: así aparece en el cerro de Ocotlán, durante la batalla del mismo nombre y en el lugar en que más encarnizada la lucha fué; construyendo un parapeto bajo un nutrido fuego en el Puente de San Francisco, después del golpe de Estado de Comonfort; al penetrar con trescientos hombres hasta el corazón de la Capital de la República, sosteniéndose todo el día; en la retirada, cuando toda la guarnición se le vino encima; al salvarse del golpe mortal de un Lancero que hasta San Pablo le persiguió, y cuando oculto, porque lo perseguían, gestionaba con Robles Pezuela un movimiento favorable al orden constitucional.

Sereno aparece en la sangrienta batalla de Calamanda, cuando al ser destruída el ala derecha de su línea de batalla, ocurre personalmente con sus reservas á reforzarla; al permanecer hasta los últimos momentos en sus posiciones en la batalla del 11 de Abril. Valiente aparece al quedarse después de ella y cumpliendo deseos de Degollado, en un punto cercano á donde se hallaba el vencedor, para esperar la llegada de Miramón; y sereno y valiente aparece, al defender la plaza de San Luis, salvando una conducta de cuatrocientos mil pesos que quedó bajo su custodia, con una pequeña guarnición que representaba la cuarta parte de las fuerzas del enemigo, y al recorrer en la madrugada la población, solo, y sin escolta, á pesar de los disparos que protegidos por la sombra algunos descontentos le hicieron.

Empezó á acreditar su ilustración, su actividad y sus aptitudes militares, en la campaña de Puebla en Febrero y Marzo de 1856, como segundo Cuartel Maestro. Se distingue como estratégico y en todos sus hechos militares se ve la influencia de sus conocimientos; las batallas de Ocotlán y de Calpulalpam fueron estratégicas; en la primera ejerció gran

de influencia en las operaciones que la prepararan, escogió el terreno, formó el plan de batalla y colocó las tropas en la línea; en la segunda, formó el plan de operaciones y el de batalla, escogió también el terreno, indicó la situación del ejército, y al lado del General en Jefe indicó también la oportunidad de las maniobras. Por determinadas causas, la de Ocotlán no fué, como debería de haber sido, decisiva; sin embargo, marcó el primer paso camino hacia el triunfo, hacia la destrucción de los disidentes; siendo de trascendentales resultados; á ella se debió el que la Constitución de 57 se terminara y publicara. La de Calpulalpam fué el final glorioso de la guerra de tres años, y desde entonces no se ha vuelto á registrar una de su importancia por el número de combatientes: veinte mil hombres. Estas dos batallas, salvo error ú omisión, son las únicas estratégicas que se registran en la historia militar de nuestro país.

La batalla de Calamanda fué táctica, de provechosos resultados para alcanzar el fin que se perseguía, con el movimiento estratégico hacia la Capital de la República. El General Alvarez con oportunidad ocupó posiciones ventajosas, y el orden mixto que siguió al marchar frente al enemigo, nos recuerda á Napoleón I en el paso del Tagliamento; estuvo conforme á las prescripciones de la ciencia de la guerra. Aquel movimiento estratégico tuvo por desenlace el desastre del 11 de Abril, del que hasta hoy el General Alvarez resulta directo responsable; su conducta y la de Degollado se definen en el capítulo V. El primero, premiando los servicios del segundo en dicho movimiento; lo ascendió á General de Brigada efectivo; hay una gran distancia entre la verdad y las actuales conjeturas.

Científicamente dirige la campaña; como consejero de Degollado, durante el mes de Octubre de 1859, formando un plan estratégico de grandes resultados, que no pudo realizarse por razones que en el lugar relativo se encuentran. Sobreponiéndose á todas las consecuencias de la mala organización del ejército, y por medio de oportunos movimientos estratégicos, logró concentrarlo y conducirlo á una batalla decisiva que importaba, no un triunfo aislado, sino el triunfo de la revolución.

El plan para concentrar todo el ejército, que formó cuando éste hizo su movimiento decisivo sobre México, basta por sí solo para acreditar sus conocimientos y su puesto de Jefe de Estado Mayor. Las autoridades sobre materias militares conceden grande importancia á los movimientos concéntricos, que son producto de la Logística.

Moralmente, estuvo á la altura de los principales caudillos de la guerra de tres años; la grande y noble alma de Degollado supo estimarlo y comprenderlo; su abnegación, su patriotismo, sus aptitudes y sus servicios, fueron reconocidos por Juárez y por las principales figuras de la revolución, y con modestia y lealtad varias veces desempeñó el alto puesto de consejero del ejército liberal. Momentos antes de la batalla de la Estancia de las Vacas accidentalmente pierde una pierna, lo hacen prisionero y varios meses sufre las consecuencias de una mala amputación y las angustias de la miseria.

La falta de unidad en el mando cuando la defensa de la Capital, después del golpe de Estado de Comonfort; la de energía de D. Miguel Blanco en su ataque á México en Octubre de 58; la de instrucción de las fuerzas encargadas del reconocimiento ofensivo del 2 de Abril de 59, y la incompetencia como militares de Degollado, Blanco y Doblado en la Estancia de las Vacas, determinaron, en todos estos hechos, en los que el General Alvarez ejerció una influencia directa, consecuencias trascendentales. Siempre puso al servicio de aquella guerra todas sus energías y todos sus conocimientos, sacrificó su bienestar, y más de una vez también las consideraciones que por su elevado carácter merecía. La ordenanza y los códigos militares no fué lo que en aquel ejército estableció la disciplina, ésta se sostuvo con el patriotismo y la lealtad; tanta grandeza había en aquel conjunto de abnegados, que, como las manifestaciones del genio, no podían sujetarse á regla alguna; para funcionar en aquel medio era necesario despojarse de todas las debilidades humanas y de todas las pequeñeces del espíritu; engrandecerse por la abnegación y obrar solamente movido por el patriotismo.

Amante de la ley, progresista y generoso aparece en todos sus hechos; amigo leal de sus conciudadanos, sin distinción

de categorías, antes de la guerra iniciada en 58, con el doble carácter de Gobernador y Comandante general rigió los destinos de Tabasco durante algunos meses. Su fecunda iniciativa puso en movimiento á todas las autoridades, protegió á la instrucción pública, que por un decreto especial la hizo obligatoria, promoviendo todo aquello que podía contenerse entre la civilización y el límite marcado por sus poderes y los recursos de que disponía. Sin más antecedentes que su honrosa carrera, se presentó en Tabasco; su ejemplar conducta al publicar y hacer jurar la Constitución de 57, sin usar los extremos del jacobino ni las debilidades del moderado; y su imparcialidad y apego á la ley durante las elecciones, así como por el conjunto de hechos realizados durante su administración, fué declarado benemérito del Estado y recibió un voto de gracias por sus eminentes servicios.

Fué víctima de las arbitrariedades de Juárez; cuando este último, al ser perseguido por los franceses se retiró á Paso del Norte, á buscar su conservación, obró bien; pero con anterioridad había llamado traidores á todos los que permanecieran en terreno ocupado por los franceses, y especialmente á los funcionarios del orden constitucional.—Leyes de 12 de Abril de 1862 y de 16 de Agosto de 63.—Toda la República, con excepción de muy escasas zonas, se hallaba en poder de estos últimos y sólo Juárez, gozando del amparo del Coloso del Norte; al volver á internarse en el país fundado en estas leyes, castigó al General Alvarez, sujetándolo á procedimientos muy irregulares, á formas muy arbitrarias y atropellando los más elementales derechos del ciudadano. Aquel conjunto puede traducirse así: Yo, Benito Juárez, ampliamente autorizado por el Congreso para sostener la independencia, para salvar al país de la invasión francesa, manifiesto á mis conciudadanos: que esto no lo he podido conseguir, que el enemigo sin cesar me persigue, y que como ya se encuentra muy cerca, he resuelto retirarme á una Zona, en la que me proteja el Coloso del Norte. De la patria, sólo queda su representante, pero todos los funcionarios del orden constitucional, que sin permiso del Supremo Poder correspondiente, permanezcan en lugares sometidos á la intervención—no había más poder que Juárez y los pocos caudillos que en le-

janas y pequeñas zonas sostenían la independencia—serán declarados traidores conforme á la ley de 16 de Agosto de 63; y por último, si al retirarse los franceses puedo volverme á internar en el país fundado en ella, los castigaré. Por supuesto que ley tan arbitraria fué imposible el aplicarla, pero sí le sirvió á Juárez para desahogar sus rencores personales, aplicándola cuando quería y olvidándose de ella si trataba de salvar á un amigo. Castigó al General Alvarez por no haber comprobado suficientemente, según él, el motivo que lo obligara á permanecer en terreno ocupado por los franceses; no porque hubiera servido, auxiliado ó reconocido al Imperio: la patria, la tierra en que naciste, y en la que has regado tu sangre, por salvarla de la esclavitud de un clero poderoso, no he podido libertarla del dominio del extranjero; pero poco importa, yo te declaro traidor por haber vivido en ella, á pesar de que te encuentres mutilado, pobre y enfermo. El General Pedro Hinojosa, durante la Intervención desconoció dos veces al Gobierno de Juárez, primero unido con Vidaurri y después durante ocho meses con los sublevados de Matamoros. Por los mismos días que el General Alvarez se presentó al Gobierno solicitando ser rehabilitado en su empleo; la ley era terminante y debería ser dado de baja inmediatamente.—Circular de 20 de Noviembre de 1866.—Se rebeló contra un gobierno al que sólo le quedaba su representante, las esperanzas de un apoyo efectivo de los Estados Unidos y algunos caudillos que haciendo heroicos esfuerzos al frente de muy pocas tropas lo reconocían; su falta fué muy grave en sí, siéndolo tanto más, cuanto que abusaba de la debilidad del poder que debería de castigarlo. Sin embargo, como era amigo del dictador, y éste sinceramente le apreciaba, en uso de sus amplias facultades le devolvió su empleo, manifestando que quedaba libre de toda responsabilidad. ¡Cuánta supuesta grandeza cubriendo las debilidades humanas! Aun hay más, el General Alvarez fué el encargado de cumplir sus torpes órdenes de Febrero de 59, que, como principal objeto tuvieron el salvar su puesto y su personalidad, promoviendo al fin el desastre del 11 de Abril; entonces hábilmente cumplió con sus deberes, y como premio obtuvo el grado de General efectivo, grado que después el mismo Juárez

arbitrariamente le quitó. El General Alvarez, por sostenerlo, defendiendo la Constitución y las leyes de Reforma, perdió una pierna, le sobrevino una penosa y larga enfermedad que unida á la falta de recursos le impidió salir del terreno que con muy escasas excepciones se hallaba en poder del invasor; y por último, la Constitución lo protegía de las arbitrariedades de un dictador, que fué el primero en atropellarla. No desconozco la importancia política de aquellas leyes, pero fueron contrarias al sentido común, por su forma, por la indebida extensión que se les dió, y porque fué un insulto injustificado en general para la mayoría de los ciudadanos de la República, y en particular para los funcionarios del orden constitucional. La historia de estos hechos aparece en el Capítulo IX.

A pesar de las decepciones y de los perjuicios que en sus intereses sufrió durante las guerras de Reforma é Intervención; por su actividad, su honradez y sus ideas, siempre fué el mismo. En la Secretaría de Guerra, como Jefe de Estado Mayor, como Oficial Mayor y substituyendo al Ministro en sus faltas temporales, en el Archivo General de la Nación y como Tesorero de las Cámaras, continuó prestando sus servicios á la República hasta el fin de su vida.

Toca á la historia juzgar de sus hechos, recoger su nombre y definir las alabanzas y las censuras que merezca; el escritor se ratira, y creyendo haber respetado, ante todo, la verdad, su obra entrega al dominio público.

México, San Antonio de las Huertas núm. 1 Bis.

Agosto 9 de 1905.

MELCHOR ALVAREZ.